

un guante en la puerta

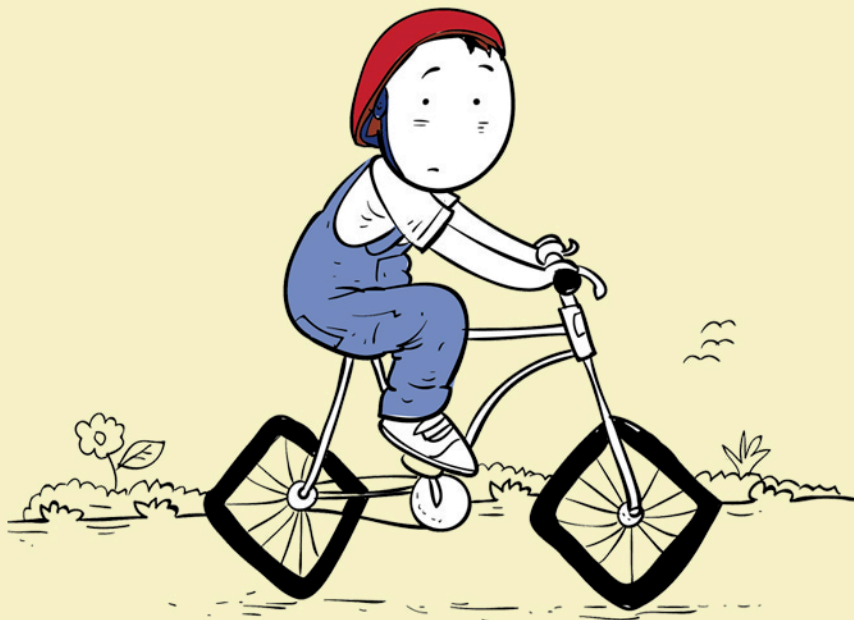


per María Garrido

Se trata de un texto basado
en las vivencias de los miembros de una familia.

Porque hay veces que uno no sabe entender qué ha pasado,
y es mejor escribir, para luego leer y contar...

Para Sergio e Iker, y para todos esos niños que,
en un momento determinado de su vida,
deben pedalear con más esfuerzo.



© Copyright 2020
María A. Garrido Encinas
www.enpocaslineas.com
Diseño e ilustración:
Accura / Audy_artstuff

Índice

El tiempo se paró	03
El traslado	06
La casa vacía	07
Sospechas	10
Coronavirus y solidaridad	12
Bandera roja	14
Los pensamientos de una madre	18
Aislado en casa	21

El tiempo se paró

Cuando se cerró la puerta de la habitación... el tiempo se paró. Dos semanas después de que el mundo se detuviera, de que los vecinos se encerrasen en su propio mundo, el reloj en nuestra casa se congeló.

Después de permanecer una noche ingresado en el hospital, papá había vuelto por la mañana. Estaba pálido y parecía cansado: andaba arrastrando los pies, apoyaba las manos en la pared, se paraba, intentaba respirar, tosía... Una mascarilla le tapaba la nariz y la boca. Le entregó a mi madre el informe: había dado positivo en Covid-19.

Llegó a la habitación, entró y cerró la puerta. La tarde anterior – poco después de que se marchase a urgencias- habíamos pegado en ella un bonito cartel: "Todo saldrá bien", se leía en grandes letras. Pero él ni se había fijado.

Y comenzó así su aislamiento. Los recuerdos de esos días parecen flotar en una nube, se superponen... Como si la cabeza aún no hubiera tenido ni tiempo - ni ganas- de ordenarlos y entender lo ocurrido.

Nuestro último día de clase había sido un jueves. Mis padres nos dijeron que había una enfermedad, no muy grave pero sí muy contagiosa, y que se había decidido cerrar los colegios. Había que guardar una cuarentena para que no se pusiera mucha gente mala. Y, además, teníamos que quedarnos en casa sin salir, porque había estado de alarma.

Para nosotros, los niños, la alegría por aquellas "vacaciones" adelantadas superaba la pereza de permanecer encerrados entre cuatro paredes. El cielo, de pronto, se había vuelto "cuadrado", pero... tener más tiempo para jugar compensaba: no había que madrugar, ni hacer exámenes...

Sin embargo, los padres no pensaban lo mismo: ¿cómo iban a entretenernos tanto tiempo sin salir de casa?



Mi madre estaba nerviosa, intentando organizar el día a día durante esa cuarentena: había que hacer tareas, entregar trabajos, intentar seguir el ritmo del colegio, pero en casa.

Su móvil vibraba continuamente. El chat de mi clase echaba humo. Los padres se intercambiaban muchos mensajes.

Y sí: la primera semana estuvo bastante bien. Hicimos tareas, gimnasia, manualidades... Celebramos, incluso, el Día del Padre. Pero el sábado, papá empezó a tener una "tos tonta" -decía mi madre-. El domingo se puso el termómetro -37,8ª- y se fue a la cama. Y de ahí ya no salió, aunque la puerta siguió abierta esos días.

Estaba cansado, su temperatura no era demasiado alta y de vez en cuando tosía. Pero el viernes, la fiebre empezó a subir, casi al mismo ritmo que los nervios en casa.



Mientras tanto, Iker y yo seguíamos con nuestras rutinas y jugábamos en el salón, intentando sacar el máximo partido a cada esquina.

-¡No corráis!, ¡parad, que os vais a caer y no queremos ir a Urgencias!, que papá no está bien, que va a tener que ir al médico...

El domingo por la tarde, después de comer, mamá nos propuso dibujar. En una hoja escribió una frase: "Todo saldrá bien".

-Sergio, ahora lo decoras tú, con un arco-íris...-me propuso. Y escribió otro cartel: "Hoy es un día menos".

Pero la fiebre de papá iba a más. Mamá hizo una llamada; luego, otra; luego habló papá...

-Me dicen que vaya a Urgencias...

-¿Va a ir papá a Urgencias? ¿Por qué?
- pregunté.

-Porque tiene mucha fiebre y tienen que verle - respondía nerviosa mamá, mientras le ayudaba a completar una mochila con ropa, "por si le tocaba quedarse en el hospital".

-Papá, mira qué dibujos te hemos hecho- le repetía yo, para animarle, como esperando que, de pronto, todo eso se hiciera realidad y la fiebre bajase: quería que no se fuera a a Urgencias, que se quedara en casa...

-Papá, papá..... Mira...

Papá se giró. Me sonrió. Tenía puesta una mascarilla en la cara. Abrió la puerta y lentamente salió.

Aquí nos quedamos los tres - mamá, Iker y yo-, al otro lado de la puerta. El silencio se hizo pesado. De fondo se oían los aplausos de las 8 de la tarde... mientras papá se iba a Urgencias...

Y mientras los carteles que habíamos preparado caían al suelo... Olvidados, asumiendo el mismo destino de tantos y tantos dibujos hechos los domingos por la tarde para llenar las horas hasta que llega el baño, la cena y el momento de acostarse para empezar una nueva semana.



El traslado

Después de pasar una noche en el hospital, papá volvió a casa. El aislamiento que debía seguir suponía que debía permanecer encerrado en una habitación, con un baño para él solo; su ropa debía lavarse por separado y las comidas se le debían dar con guantes; en concreto, con un guante de plástico que mi madre colgó en el pomo de la puerta.

Hablábamos con él por el teléfono móvil; unas veces con el "manos-libres"; otras a través de videollamadas. Unas veces, solo lo hacía mamá para preguntarle la temperatura... y otras, cuando parecía que se encontraba mejor, le veíamos nosotros.

-¿Qué tal chicos? Os quiero mucho- Nos decía por la noche, antes de dormir.

Cerrar las puertas de la habitación y del baño grande supuso ocupar el resto de la casa con la ropa, los jabones, las esponjas, los cepillos y las pastas de dientes que hasta entonces estaban en la zona donde ya no se podía entrar.

Al otro lado de la puerta, mamá, Iker y yo teníamos que compartir el baño pequeño, el que está junto a la entrada de casa. En su puerta habíamos colocado el cartel donde se leía "Hoy es un día menos".

En mi habitación dormíamos los tres. La cama nido que hay debajo de la mía se sacó, y, rodeada de barreras, se colocó a la misma altura, para que durmiera Iker con mamá. Así se ocupó todo el ancho del cuarto.

Al otro lado, quedaron arrinconados la mesa -con el ordenador-, la estantería donde guardaba mis playmobil favoritos y los juegos de mesa que más nos divertían (el Lince, el Quién es quién...). Llegar a ellos resultaba imposible ahora.

Y así, con mi habitación "tomada" por mi madre y mi hermano, y medio salón ocupado por el "traslado forzoso", el espacio del confinamiento se había quedado bastante reducido.

No teníamos una terraza para estirar las piernas al aire libre; en la cocina, estrecha y pequeña, no había espacio suficiente como para poder entrar y salir sin molestar a mi madre mientras cocinaba o fregaba. ¿Qué podía hacer yo para pasar todo el día en casa? Lo más fácil parecía ser sentarme en el sofá y distraerme con la tablet.



La casa vacía

-Mia, mia, otcho pájaro... ¡Que che pee caeee! ¡Eeeeh! ¡Y otcho! Mia, mamá, mia – Iker comentaba todo lo que veía por la ventana.

Una tarde gris, mi hermano, mamá y yo mirábamos cómo los pájaros volaban libres; de uno en uno, de dos en dos... hasta tres se podían juntar en el tejado de la casa de enfrente. Iban y volvían de un lado para otro, mientras que nosotros, los humanos, debíamos permanecer encerrados en casa. Como había estado de alarma, solo se podía salir a la calle para comprar, bajar la basura o sacar al perro.

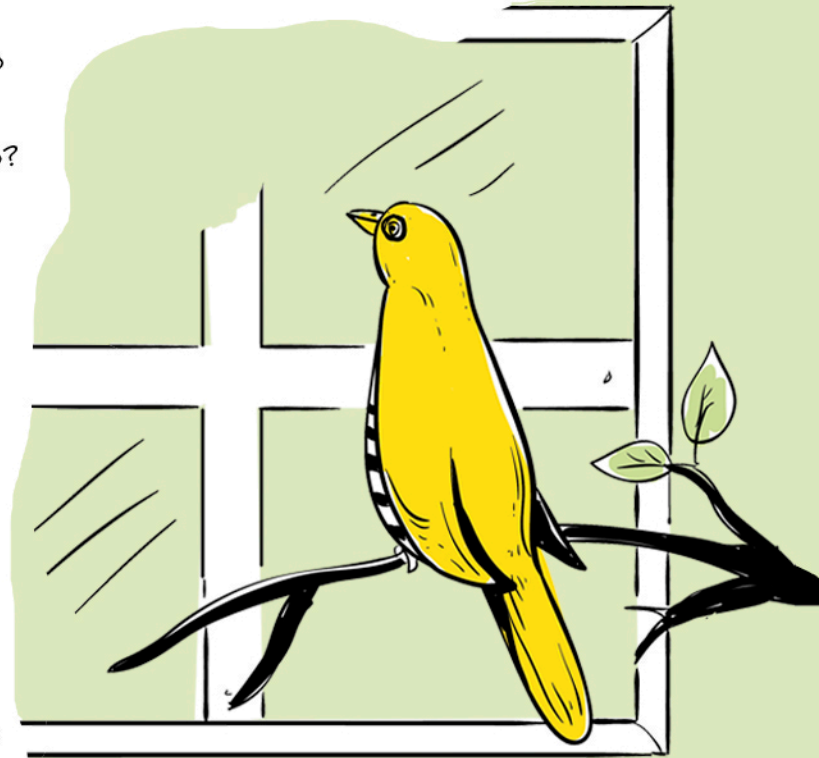
-Algo estábamos haciendo mal. Alguien se ha enfadado mucho y al final, la vida nos ha suspendido –decía mamá–. Sergio, cuando yo estudiaba había un profesor que hablaba de los suspensos del colegio y de la vida; uno puede merecerse un suspenso en el colegio, porque ha copiado..., pero como no se puede demostrar, se le aprueba. En ese caso, decía mi profesor, no importa, ya le suspenderá la vida. Y ahora parece que la vida nos ha suspendido.

Pero, ¿qué habíamos hecho mal? Yo no entendía eso de que la vida nos había suspendido... ¿Quién se había enfadado?

-Tenemos que aprender –continuaba explicando ella–. Nos pensábamos que podíamos dominar el mundo, a los animales, cazarlos, y fíjate: ahora, los enjaulados somos nosotros.

Mamá hablaba de que habíamos llegado a un punto en que parecía que no nos podíamos tomar tiempo ni para mirarnos unos a otros.

Los padres y los hijos salíamos de casa muy pronto por la mañana, y volvíamos cansados por la tarde, después de comer. Incluso muchos abuelos tenían que ayudar a cuidar a los niños.



En nuestro caso, mis padres siempre han intentado que Iker y yo comamos en casa, a pesar de los frecuentes enfados de mi padre cuando no nos gusta lo que nos pone: "No sabéis el esfuerzo que tenemos que hacer para volver del trabajo a estas horas - suele decir-. Y si encima no coméis bien, no lo apreciáis...".

Él es quien cocina en casa, por lo que el aislamiento hizo también que mi madre tuviera que encargarse de las comidas... y... Cuando llegaba la hora de preparar la comida o la cena la tensión se notaba en el ambiente. No sabía qué hacer ni cómo hacerlo para que nos gustase. "Yo sé cocinar a mi modo, pero vosotros estáis acostumbrados a cómo lo hace papá", empezaba diciendo.

Luego, entraba en la cocina y el ambiente era más tenso. Se oía correr el agua en el fregadero, el ruido de las cazuelas, los platos, la puerta del congelador, de la nevera, la sartén en el fuego... Otra vez el agua... Cómo se cascaban huevos....

-Mamá, mocos -decía Iker-.

-¡Ya voy, ya voy!

Mamá limpiaba a Iker... Y se volvía a lavar las manos. Pasaban unos minutos.

-Mamá, tenno hamme... Galletas, galletas...hamme...

-Ahora no puedo, Iker, tengo las manos con la carne...

-Peo tenno musxa hamme...

-¡Ya va, ya va!, Sergio, ¿quieres distraer a Iker?

Y mamá salía con el paquete de galletas.

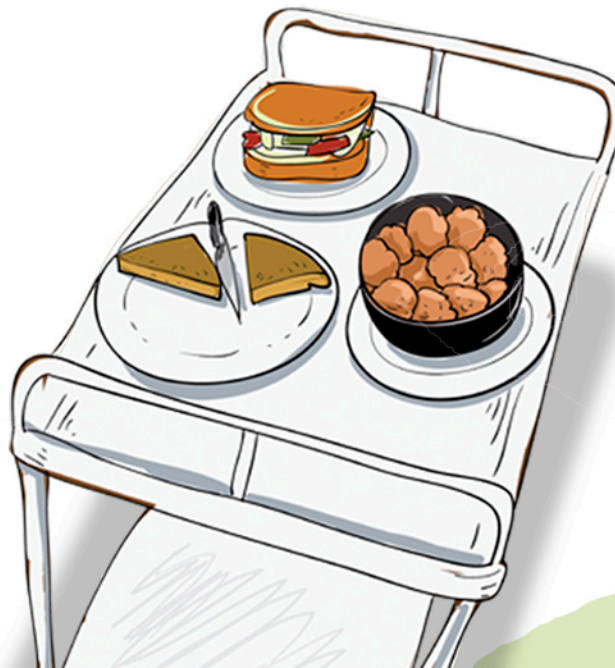
-¡Y ahora a lavarme otra vez las manos, me duelen, me están sangrando ya con tanto lavado... - se quejaba mamá.

Luego, al cabo de un tiempo, ya salía de la cocina con la camarera preparada: patatas fritas y filetes rebozados... O albóndigas... Macarrones con salchichas...

Nos lo dejaba y, a continuación, llevaba la comida a papá.

Luego, se lavaba las manos, se sentaba en el sofá, donde le esperábamos jugando con la tablet, y le daba de comer a Iker.

Ella aún no había comido y eran casi las 6 de la tarde...



Con el paso de los días, Iker y yo aprendimos que en esos momentos era mejor dejar hablar a mamá, intentar hacer poco ruido... Y que el tiempo pasara.

Nos acostábamos muy tarde. El día era largo, pesado, monótono. Al final todo consistía en esperar, esperar, esperar... A la comida, a la cena... A que el tiempo pasara, a que mi padre mejorase...

Mi madre solía decir que la fiebre de los virus eran tres días de subida y tres días de bajada... Pero a mí me parecía que a la fiebre le estaba costando bajar más...

Pese a los enfados de mamá, pese a los juegos de Iker, la casa estaba muy rara. Faltaba el movimiento de papá, sus entradas y salidas de la cocina, cómo nos preparaba la mesa... Papá era el que me ayudaba a asearme antes de acostar, el que nos daba los jarabes con las defensas... El que me aconsejaba cómo debía cambiar mis cromos de fútbol: cuánto tenía que pedir por Messi, cuánto valían Benzema, Vinicius...

-Mamá, tengo ganas de que salga papá; la casa está rara...

Nos preparábamos para dormir. La noche era el momento en que, ya en la habitación, repasábamos el día con mamá. Nos tomaba la temperatura, nos decía por qué se había enfadado, nos proponíamos mejorar cosas para el día siguiente. También había momento para las risas.

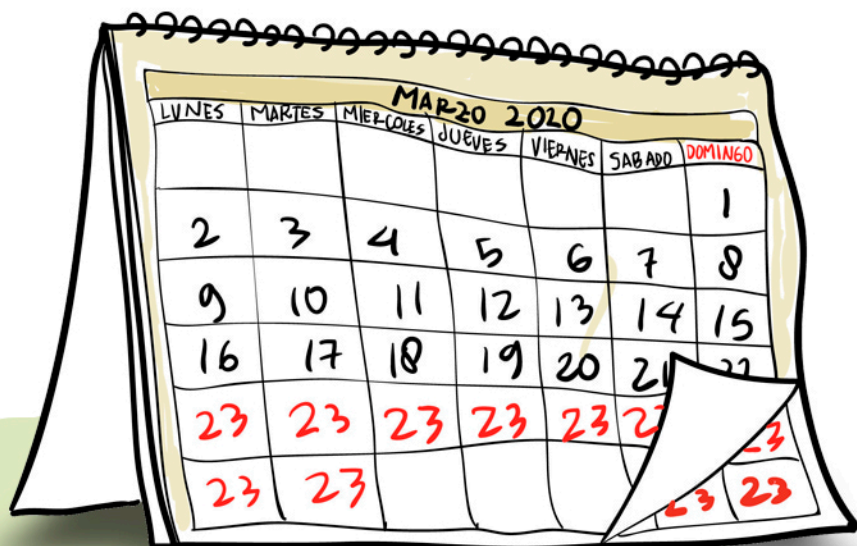
Alargábamos el brazo hasta llegar al ordenador y lo encendíamos para ver un vídeo que le gustaba mucho a Iker. La canción se titula "Roll over": un niño duerme con sus nueve animales (muñecos) en la cama: echa a todos, se pone triste porque se encuentra solo, y acaban durmiendo todos juntos en el suelo.

-Buenas noches- decía mamá.

-Goodnight -decía yo.

-Ondoloein -decía Iker.

-¡El primero que se duerma no oye roncar al resto!- advertía mamá con tono divertido. Y, generalmente, Iker caía el primero.



Sospechas

Pocos días antes de que cerrasen los colegios, en clase nos habían hablado del coronavirus. Nos habían explicado que era muy importante lavarse bien las manos con agua y jabón y taparse la boca al toser con la parte interna del codo.

En uno de los periódicos que trae mi abuela los domingos, leí los síntomas de la enfermedad: fiebre, tos, dificultad para respirar, cansancio...

-Papá, esto lo tuve yo hace dos semanas, cuando me subió tanto la fiebre y me dolía tanto el estómago-, le dije.

-Son síntomas de muchas enfermedades... -me respondió.

Yo me quedé con la duda. Según mamá, yo ya había pasado la gripe en Navidad, con dolor de garganta, muchos escalofríos y bastante fiebre.

La última semana de febrero también había estado mal, con fiebre alta, mucho dolor de estómago, diarrea y una tos muy molesta, que empezaba y no paraba.

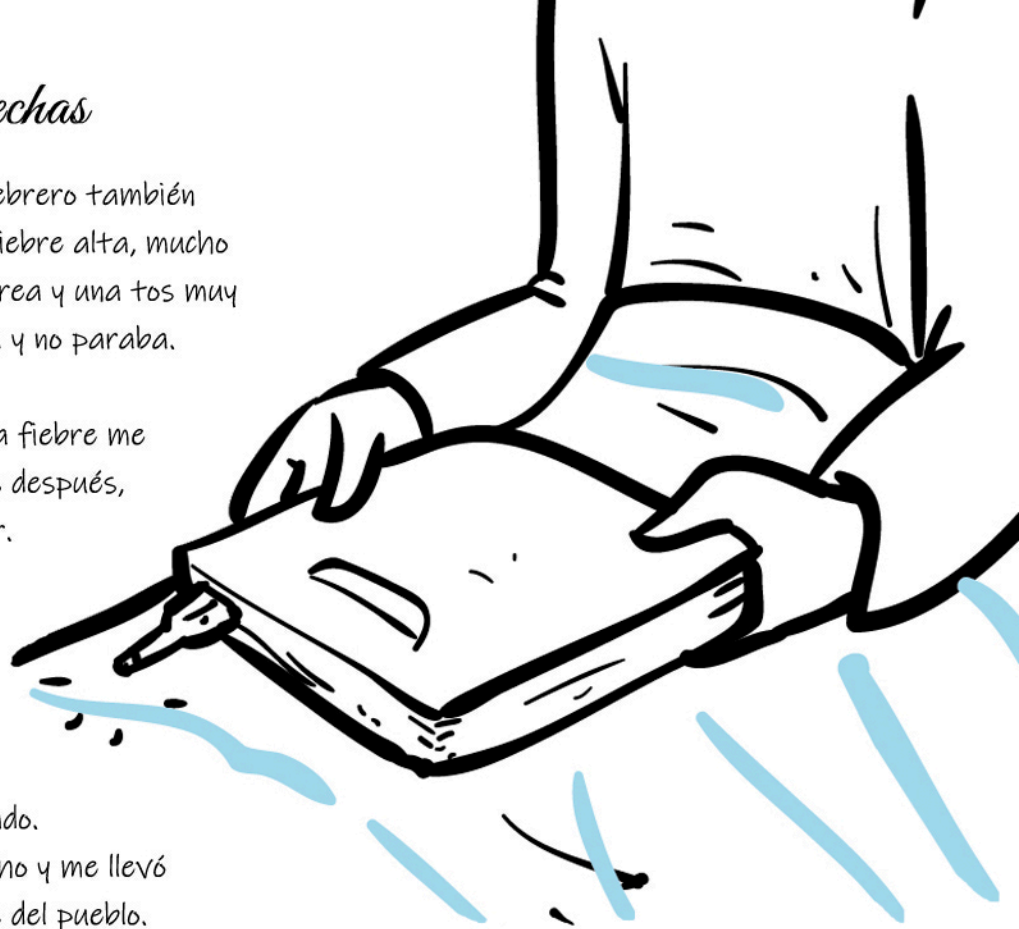
Después de cinco días, la fiebre me había bajado, y dos días después, me había vuelto a subir.

Estaba muy, muy cansado.

Mamá se preocupó mucho y me llevó al Servicio de Urgencias del pueblo.

Era sábado, por la noche. Respiraba bien, me miraron la garganta.... Nos dijeron que, si seguía con fiebre el lunes, deberíamos ir a la pediatra para que me volviera a valorar.

Recuerdo que mamá no salió nada contenta. Habló con mi tía y quedaron en llevarme al hospital. Pero yo estaba cansado, muy cansado, mucho... Me dormí. La fiebre empezó a bajar y el domingo mejoré.



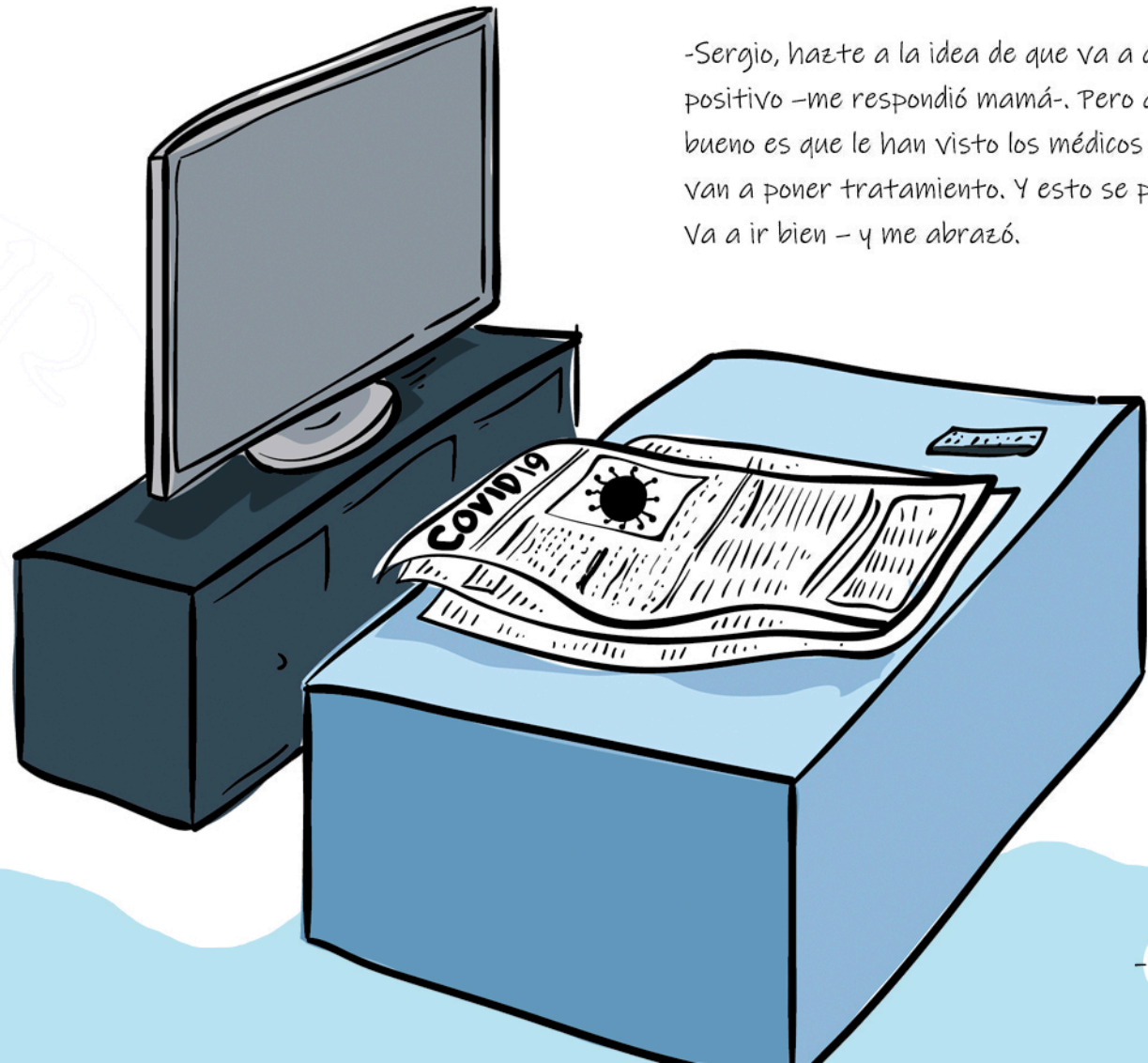
Cuando papá tuvo los primeros síntomas, oí que mi madre comentaba: "Esto se parece a lo que tuvo Sergio hace poco".

Por eso, cuando él empeoró y se fue a Urgencias me entró mucho miedo. Porque en el fondo yo también pensaba que mi padre tenía coronavirus.

En la televisión cambiaba los canales para buscar algún programa que me gustase y casi todos hablaban de lo mismo: había cada vez más personas enfermas, más muertos, poco sitio en los hospitales... Y todo por el coronavirus.

-Que no lo tenga, por favor, que no lo tenga- repetía yo en voz baja cuando se quedó esa noche en el hospital. Le habían hecho la prueba y esperaban los resultados.

-Sergio, hazte a la idea de que va a dar positivo -me respondió mamá-. Pero que lo bueno es que le han visto los médicos y le van a poner tratamiento. Y esto se pasa. Va a ir bien - y me abrazó.



Coronavirus y solidaridad

Una mañana, mamá me esperaba en el salón con el ordenador encendido.

-Sergio, ¿tú sabes qué es el coronavirus? ¿Sabes qué es un virus o una bacteria? ¿Y un traje EPI? ¿Y una UCI?

Había elegido unos vídeos de Youtube y quería que los viéramos juntos.

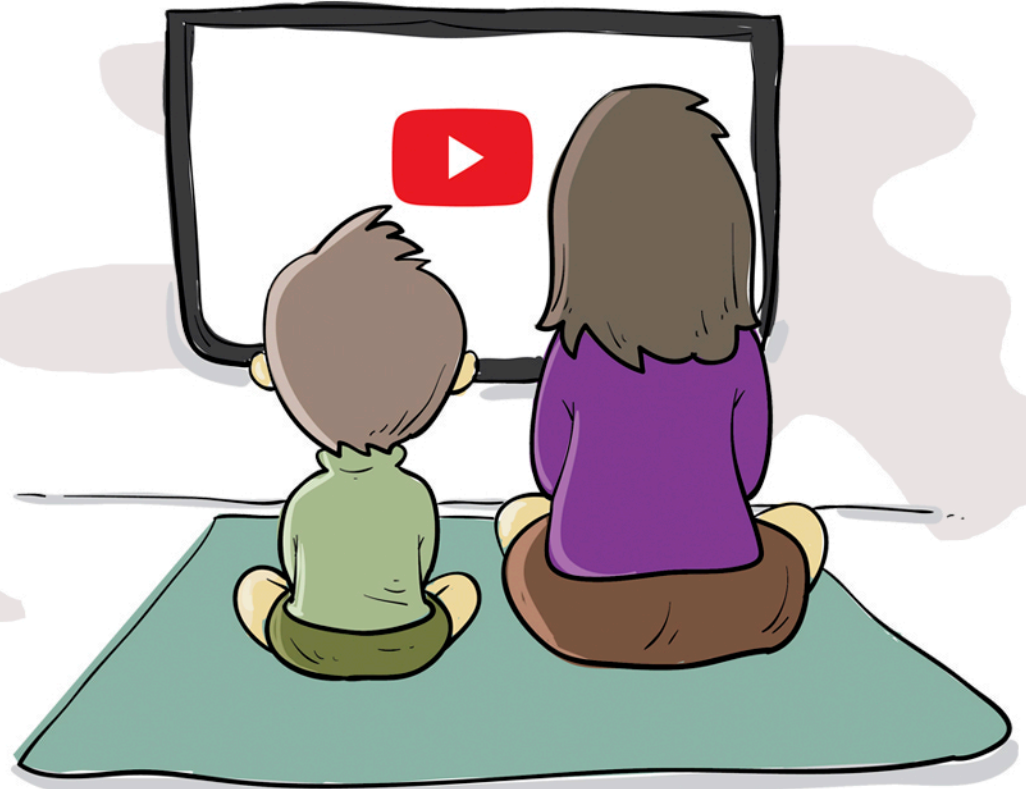
-¿Ahora? Si ya nos han hablado en el colegio... -no me apetecía saber más del odioso tema. Me cansaba.

Pero mamá insistía en que era un momento histórico, que si íbamos a ver las noticias debíamos saber de qué hablaban... Que en esas circunstancias le daba igual que no hiciera las tareas del colegio, pero que esos vídeos los teníamos que ver, sí o sí, para entender la situación.

Me senté ante el ordenador, con mi madre al lado. Y empezamos a ver los vídeos, como si estuviéramos en clase.

No tenía ninguna gana de ver el primero... sobre los microorganismos, que solo se ven con el microscopio. Algunos se meten en nuestro cuerpo y hacen que nos pongamos malos; pero otros, no.

Otro vídeo trataba del sistema inmunológico y de los anticuerpos; otro, de la cantidad de bacterias que hay, y que sin ellas no podríamos existir. Unas son malas; pero otras ayudan a hacer la digestión, o a hacer alimentos como el yogur, el queso...



Mi madre había encontrado un vídeo que explicaba la diferencia entre gripe y catarro; entre epidemia y pandemia; otro sobre la peste negra, otro sobre la gripe española...

Al principio, cuando los vídeos terminaban, mi madre, detrás de mí, pulsaba rápidamente al botón para que empezase el siguiente. Luego, para acabar antes y poder ir al sofá, lo hacía yo.

-Sergio, quiero que tengas claro que siempre ha habido enfermedades, epidemias y pandemias; y siempre se han resuelto, con medicinas y vacunas. Y esto pasará. Pero mientras no hay medicinas y no hay vacunas, ¿sabes qué es lo que importa? ¿Sabes qué hay?

-¿Qué?

-Solidaridad: como cuando te hablé del problema que hubo en la costa de Galicia con un vertido de petróleo, y de cómo la gente se movilizó para limpiar el chapapote. Ahora, por ejemplo, no hay mascarillas, y la gente las está haciendo. Y nos traen la comida a casa, porque nosotros, con papá enfermo, no podemos salir.



Una persona que conoce mi madre y que trabaja en el Ayuntamiento le había dado el teléfono de un chico que nos acercaba la compra. Todas las semanas, mi madre le mandaba por Whatsapp la lista de la compra; entonces, él iba; luego llamaban de la tienda para que mi madre diera el número de la tarjeta. Y a los pocos minutos, sonaba el timbre. Mi madre abría y no había nadie: solo las bolsas con la compra hecha.

-¡Danonino! -dijo Iker el primer día de compra.

-¡Y chupa chups!- me alegré yo.

Hacía tiempo que no comía, por lo menos dos semanas. Pero ahora me apetecía. Y ese día, de postre, Iker cogió uno de Coca-cola; y yo, uno de limón.

Bandera roja

Un día de verano del año pasado, nos preparamos para ir a la playa de Zarautz. Pero al llegar nos encontramos con que la marea estaba alta. El agua se había tragado la arena, y nosotros solo podíamos sentarnos en el suelo, en los escalones para bajar a la playa, donde descargamos nuestro equipaje. Había bandera roja.

Así pasaban los días en casa. Mi madre se levantaba pronto; y yo casi detrás, mientras Iker dormía en la cama de al lado, lloriqueando de vez en cuando: por momentos, parecía que quería despertarse, pero el sueño le vencía. En el salón, las aguas estaban en calma.

Mamá me preparaba el desayuno, mientras yo jugaba con la tablet, o veía en la televisión algunos programas que empezaron a gustarme: sobre reformas en las casas, antiguos partidos de fútbol, de baloncesto, competiciones de atletismo, ciclismo, gimnasia rítmica...

Otro día, mamá había despejado la mesa del salón y preparado el ordenador portátil para ver unos cuentos infantiles que le habían enviado las profesoras de Iker.

-Ven, Sergio, vamos a ver qué podemos hacer hoy con Iker.

-¿Ahora? Si ya los he visto...

Realmente, no los había visto, pero no me apetecía.

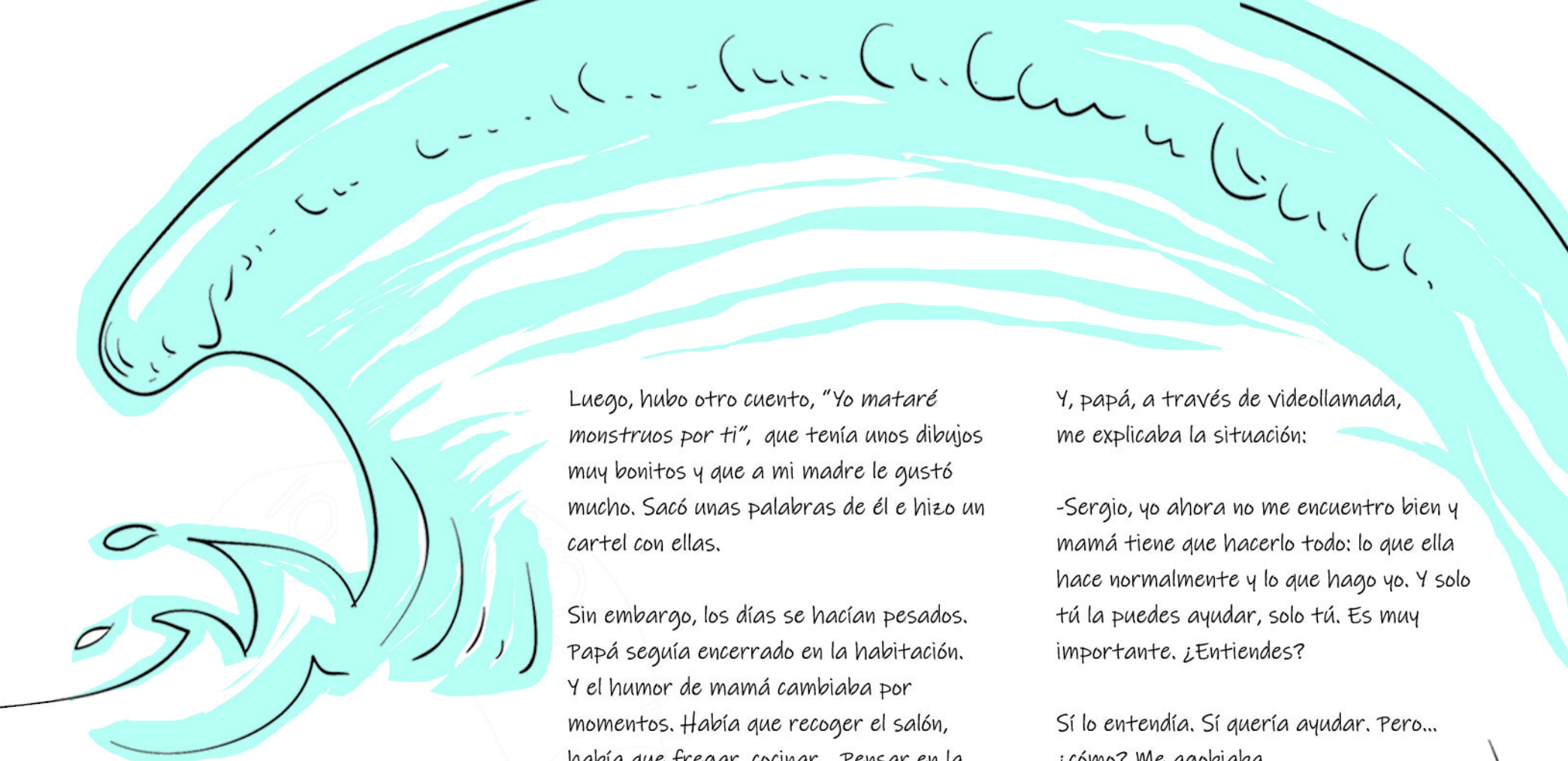
-Ay, Sergio... ¿ya vas a empezar con la tablet?

Hay veces en que es mejor hacer caso a mi madre a la primera, no por lo que dice, sino por cómo te mira mientras lo dice. Y no es porque te vaya a echar ya la bronca, sino porque empieza a lamentarse de que, con lo mucho que se esfuerza, no se aproveche para aprender, para tener algo que contar, porque es un momento para compartir con la familia...

Así que me senté y juntos leímos unos cuentos:

Con "El topo que quería saber quién se había hecho aquello en su cabeza" nos reímos mucho viendo cómo cagaban distintos animales: la cabra, la vaca, el caballo...





En "Las princesas también se tiran pedos" nos enteramos de que la princesa de un cuento, que se había tirado un pedo pestilente, pudo ser besada por un príncipe que estaba resfriado, muy congestionado, y no olió el pedo. Estuvimos hablando mucho del tema. Y hasta se lo quise contar a mi tía por teléfono.

Luego, hubo otro cuento, "Yo mataré monstruos por ti", que tenía unos dibujos muy bonitos y que a mi madre le gustó mucho. Sacó unas palabras de él e hizo un cartel con ellas.

Sin embargo, los días se hacían pesados. Papá seguía encerrado en la habitación. Y el humor de mamá cambiaba por momentos. Había que recoger el salón, había que fregar, cocinar... Pensar en la compra, limpiar la ropa... La tensión en el ambiente crecía. La marea subía. La bandera, que por la mañana era verde, se convertía en amarilla.

-Sergio me tienes que ayudar con Iker, yo no puedo hacerlo todo, no puedo, y no puedo
-me insistía

Y, papá, a través de videollamada, me explicaba la situación:

-Sergio, yo ahora no me encuentro bien y mamá tiene que hacerlo todo: lo que ella hace normalmente y lo que hago yo. Y solo tú la puedes ayudar, solo tú. Es muy importante. ¿Entiendes?

Sí lo entendía. Sí quería ayudar. Pero... ¿cómo? Me agobiaba.

Iker lloriqueaba, sacaba los puzles, los coches, las piezas para hacer torres... Decía que quería jugar, llamaba a mamá, mamá me decía que jugase con él... Pero ni tenía ganas, ni se me ocurría a qué jugar, me aburría, no entendía qué quería... Casi me molestaba.

Yo también necesitaba tranquilidad, no quería oír gritos, pero...
-Sergio, ¿por qué llora Iker? Voy a dejar de hacer la comida y a jugar con él, porque no puedo con todo, no puedo...

Bandera roja.

¿Cómo podía decirle a mi madre que yo no quería regañinas, ni gritos... Que solo quería que pasase el tiempo, y que todo volviera a la normalidad?
¿Cómo le decía que yo quería ser hijo, que me consolasen, que jugasen conmigo, que me hicieran compañía, que me quitasen la preocupación y el miedo que tenía? ¿Que yo también era como Iker? ¿Que no sabía hacer las tareas de mi padre?

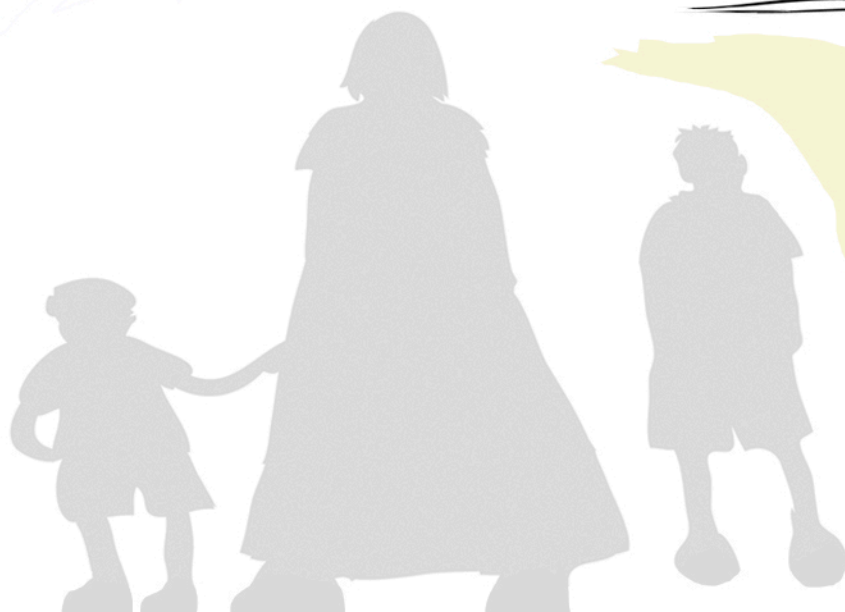
Me preguntaban si quería hablar con algún compañero de colegio. No.

El chat de mi clase se llenaba de fotografías: unos hacían dibujos; otros, retos, como el de pringarse la cara con agua y harina. Y otros hacían videollamadas.

-Sergio, ¿no te apetece llamar a alguien? - preguntó una vez más mamá.

Ya no pude más. Exploté. Empecé a llorar, no sé por qué, pero tenía muchas ganas.

-No, no quiero ver a nadie, porque no me lo paso bien. Porque ellos llevan unas semanas de vacaciones. Con tareas, sí, pero en sus casas, en sus habitaciones, con sus juguetes... y yo llevo unas semanas con miedo... En un espacio pequeño. Quiero que papá se ponga bueno; tengo miedo al contagio, a que te pongas mala tú, a que nos pongamos malos nosotros... Por eso, en cuanto me duele algo, lo digo: si me molesta la pierna, si toso... No quiero callarme...



Como vivíamos con una persona que tenía coronavirus, nosotros tampoco podíamos salir de casa. Debíamos tomarnos todos los días la temperatura. Mamá nos ponía el termómetro y, si el resultado no le convencía, lo repetía...

Una vez, después de comer, ella estaba muy nerviosa. Se puso el termómetro... 37°. Se me cortó la respiración. Me acordé de algo que había visto en la televisión sobre una residencia en Cataluña a la que iban los niños cuyos padres estaban enfermos por el coronavirus... Quién se iba a quedar con nosotros. A Cataluña no podíamos ir...

Se lo volvió a poner: 36,7°. Respiré hondo. Me relajé. Un día menos.

Llegó la noche.

-¿Quién me da un abrazo? A ver, un abrazo. ¿No me quiere abrazar nadie?

En la cama de al lado, al otro lado de la barrera, mamá estaba terminando de poner el pijama a Iker y parecía no oírme.

De pronto, saltó la barrera, y me abrazó.

-Ay, cariño, ¿cómo no te voy a dar un abrazo?

Me estrechó con fuerza. Me decía que todo iba a salir bien, que ya quedaba menos, que debíamos tener paciencia, que todo pasaba. Pero yo ya apenas le escuchaba. Tenía la oreja pegada contra su pecho. Me apretaba con fuerza. Y yo me quería meter dentro de sus brazos. Como hacía cuando era más pequeño, como ahora veo que hace Iker cuando le abraza.



Los pensamientos de una madre

Qué difícil resulta transmitir a un hijo un sentimiento que no se tiene; qué difícil que se convenza de lo que no estás convencida, precisamente él, un ser que se ha desarrollado en tu interior, que ha respirado lo que has respirado, que ha comido lo que has comido, que se ha movido cuando te has movido, que se ha inquietado cuando te has inquietado...

-Todo saldrá bien; ya falta menos... Esto se pasará y no pasará nada...-Le decía a Sergio, abrazándole fuerte, intentando que mis brazos transmitieran la contundencia que a mi voz le faltaba.

Sergio se dejaba abrazar, lo necesitaba... Pero también le hacía falta convencerse de mis palabras.

Un día le descubrí llorando en silencio, tumbado, con la cara entre la pared y la almohada.

-¿No son muchos días de fiebre?- me preguntó.

-Es un proceso largo, Sergio. Papá ya tiene un tratamiento, hay que tener paciencia.

Verle llorar así me dolió tanto que aún no he identificado en qué parte de mi cuerpo sentí el dolor.

Y es que los niños no deberían llorar hacia adentro, sino siempre hacia afuera: para mostrar su disconformidad, para salirse con la suya; pataleando, rabiando... Con energía, como lo hace Iker, mi hijo pequeño.



Llorar hacia adentro es cosa de mayores. Supone contención, resignación, tristeza. Cuando son pequeños, cuántas veces insistimos a nuestros hijos en que se expresen, en que se desahoguen, en que saquen sus penas. En cambio, a nosotros, los mayores, no nos gusta que nos vean llorar. Y por eso tendemos a darnos unos a otros el consejo de que los demás "no nos vean tristes".

¿Podría decir que no estuve a la altura? Tampoco lo creo.

En el mes que duró el aislamiento de mi marido, mis hijos me vieron lanzar las cosas por los aires, gritar, llorar de rabia, de impotencia, tirar la toalla...

Pero también me vieron volverla a coger, transformar la rabia en ganas de hacer, de poder... Y vieron que uno puede tener miedo, que lo puede expresar, y que lo puede vencer.



Una mañana, Sergio y yo leímos un cuento de Santi Balmes, "Yo mataré monstruos por ti". Pasamos un buen rato viendo las ilustraciones, leyendo el texto... Y aprendiendo que "el tamaño de los monstruos" depende del miedo que uno les tenga. "Si te sientes valiente -decía el texto- verás al monstruo pequeño y cobarde. El miedo es elástico, como un chicle... Se hace pequeño hasta desaparecer cuando tú te creces".

Las palabras me gustaron tanto que decidí escribirlas en uno de los dibujos "optimistas" con los que decoré las puertas de las habitaciones: "Todo saldrá bien", "Hoy es un día menos"... Quizá al colgarlos y tenerlos a la vista pensaba que yo misma los podía memorizar, y de ahí aprender, y de ahí creer, y de ahí convencerme y convencer...

Y aceptar que la vida está en continuo movimiento. Y que hay que disfrutarla. Hay que escucharla para entender hacia dónde te lleva. Tienes que adaptarte.

A Sergio le tocó vivir ese momento cuando tenía 9 años, una edad en la que aún dependes física y emocionalmente de tus padres: aún no has descubierto a tus amigos como los grandes confidentes que son en la adolescencia.

Los mayores hablamos, contamos lo que nos pasa, nos aconsejamos, intercambiamos experiencias. Los niños, no. A su edad, aún te dan la mano para cruzar la carretera.

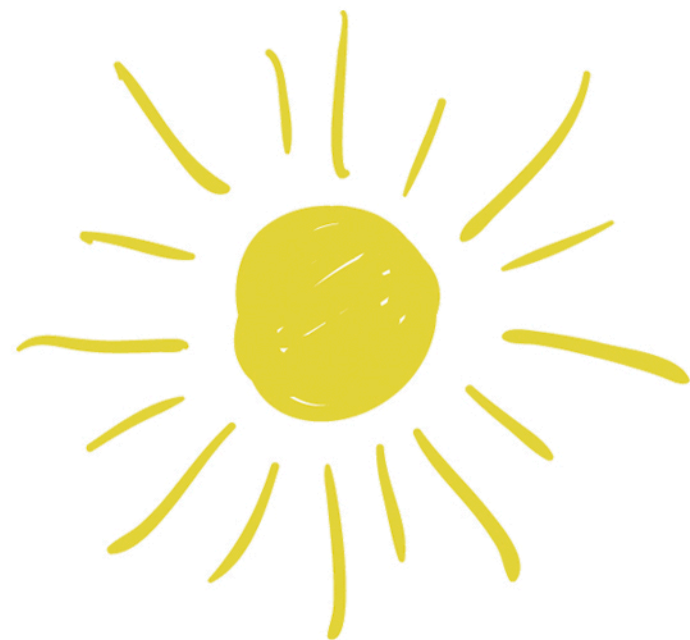
En su mundo, los Reyes Magos traen regalos a los niños que se portan bien; y carbón, a los que se portan mal. Independientemente de por qué se hayan portado bien o mal. Es así y es justo.



Iker tenía 3 años cuando se levantó aquel Muro de Berlín durante un mes en su hogar. Pero a él le "protegía" la inconsciencia de esa edad. Dormía en la habitación grande, en la de matrimonio; y tuvo que trasladarse a la pequeña. Aún conciliaba el sueño a la "tetita", ajeno a toda la controversia sobre si la lactancia debía continuar, o no, pasados los 2 años.

Pero ese momento acabó la noche en que su padre se fue a Urgencias. No se sabía si yo estaba contagiada; todo apuntaba a que la lactancia podría haber continuado. Pero entendimos que, ante la falta de información, debíamos ser prudentes y teníamos que dar un paso más. Ahora, nuestra rutina nocturna debía incluir a una tercera persona, al hermano mayor. Teníamos que unirnos más que nunca y tirar unos de otros, para que los días pasasen cuanto antes y la vida volviese a la normalidad.

Lejos de ser traumático, el fin de la lactancia "impuesto" por el acecho del coronavirus hizo que estos dos hermanos, con 6 años de diferencia, disfrutasen de una mayor complicidad, que empezó en sus pequeñas juergas nocturnas, antes de dormir.



Aislado en casa

Seis semanas después de que entrase en vigor el estado de alarma en España, el Gobierno autorizó los paseos a los menores de 14 años. Los niños podían disfrutar de la calle durante una hora diaria, acompañados de un adulto con el que convivieran.

Iker y Sergio, sin embargo, se conformaban con menos. Les bastaba con pisar todo el suelo de casa y andar sin miedo por el "territorio prohibido". Y lo hicieron. En aquel momento, yo llevaba más de 14 días sin fiebre y, según el protocolo, ya podía salir de la habitación sin mascarilla.

Cuando la puerta se abrió, me sentí raro, como si, de pronto, me hubiera convertido en uno de tantos y tantos perritos sin dueño acogidos en las protectoras; como si hubiera pasado un tiempo enjaulado y alguien se hubiera apiadado de mí y me hubiera adoptado. Tímidamente, algo agachado, podía avanzar hacia la libertad.

Así me acerqué yo al salón, donde me esperaban sentados los pequeños.

-Chicos... Aquí estoy-

-¡Es papá, eh, Iker es papá!- Sergio abrió los ojos todo cuanto podía, y algo más. Extendí los brazos hacia ellos.

- Espera... no sé...- me paró mi mujer.

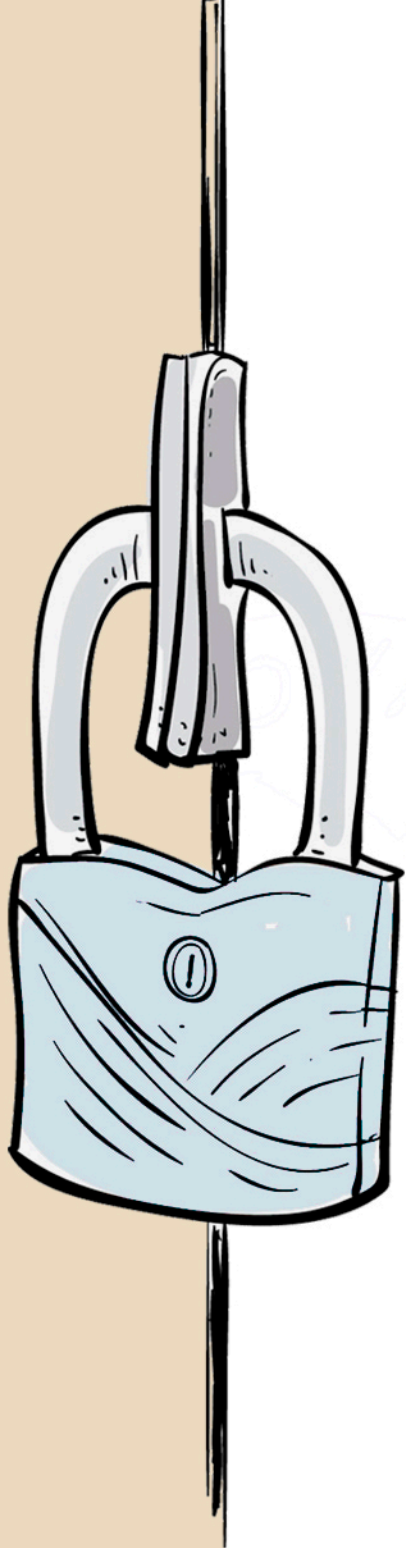
- ¡Un abrazo, no? - respondí.

Ellos nos miraban callados, esperando la decisión.

-Vale, vale, que sí, que sí... - a ella se la notaba con miedo. Yo aún tosía un poco.

-Chicos, que sepáis que esto es normal. Yo ya estoy bien, pero la tos es lo último que se va.





La casa había cambiado. Parecía mentira que en esas semanas solo hubiera estado a un paso de su habitación y a cuatro o cinco del salón. Pero todo estaba cambiado.

La sombra del intruso era alargada. ¿El virus estaba ya muerto? Una semana después nos confirmarían que sí -PCR, negativo-. Pero la casa olía a miedo.

Era domingo. Esa tarde, mientras los niños jugaban en el salón, mi mujer y yo nos habíamos empleado a fondo, con agua y jabón, para limpiar la habitación y el baño. Después de tantos días, sabíamos que el bicho estaba inactivo, tocado y hundido; pero borrar cualquier rastro del enemigo nos tranquilizaba.

Ella iba bien armada: aparte del agua y la pastilla de jabón, había echado mano del vinagre y la lejía, productos cuyo olor fuerte yo no percibía: había perdido el olfato.

Sin embargo, cuando después de casi tres horas de limpieza salí de la habitación, olí el miedo. Y puede que no lo captase mi pituitaria, sino los poros de la piel.

El tímido abrazo de los niños, el abrazo que, pasados varios días, aún no se atrevía a darme ella... Las cuatro semanas de aislamiento en casa habían dejado un poso.

Al principio, cuando te encierras en tu habitación para luchar contra la enfermedad te alivia pensar que estás librando una batalla en tu propio campo: en tu cama, con tu baño al lado... Tienes miedo porque te encuentras mal, te sube la fiebre y no sabes ni cuánto ni hasta cuándo. Pero estás en casa.

Luego, conforme vas venciendo los síntomas, conforme se van y compruebas que no vuelven, coges fuerza, confianza... Y entonces te das cuenta de que no estás en casa.

Porque lo oyes: oyes tu ausencia. Oyes a los niños jugar al lado, y quieres participar... pero no puedes; les oyes regañar y quieres intervenir... pero no puedes; y oyes a tu pareja que está cansada y la quieres ayudar pero... Oyes que ella no puede más, y no quieres molestar.

El ambiente se vuelve tenso. Y oyes un grito: "¡Es que ya no puedo más!". Y te sientes una carga.

A través del teléfono móvil mantenía el contacto con ellos. Ni una noche me dormí sin oír o sin decir un "te quiero". Todos los días, aunque solo fueran pocos minutos, pude ver a mi familia. Estaba con ellos en casa; estaba, sí... Pero faltaba.

Cuando cogí el pomo de la puerta y la abrí, tenía muchas ganas de avanzar por ese pasillo que el último día me había costado tanto cruzar.

En el salón estábamos mi mujer, Sergio, Iker, yo... y el miedo a no sé qué.

Por suerte, mis hijos están en esa edad en la que las cosas son negras o blancas: no hay grises. Y pronto reaccionaron.

-Papá, mia ette dibujo, y mia ette libo.... -
Iker me quería poner al día en poco tiempo.

-Papá, ¿David Villa jugó en el Zaragoza?
He estado viendo un partido de hace años...
- Sergio había aprendido mucho en estas semanas.

De pronto, Iker se echó encima de mí, y con la cara hacia adelante me soltó un "papá, te quieo", que, acompañado de la voz de Sergio, un tono más arriba ("yo también te quiero, papá"), hizo que me diera cuenta de que era justo lo que necesitaba.

Un mes después de que los colegios cerrasen, de que el Gobierno proclamara el estado de alarma, de que los vecinos se encerrasen en su propio mundo... Cuando ya España empezó a doblar la curva del coronavirus, el reloj en mi casa se descongeló.

El aislamiento se había acabado. Ahora solo tocaba vivir el confinamiento.





*María A. Garrido Encinas (www.enpocaslineas.com)
Licenciada en Periodismo por la Universidad de Navarra '96*

El relato contenido en estas páginas surge como un intento de verbalizar las emociones que experimenta una familia cuando se ve "obligada" a enfrentarse a una nueva forma de tratar a uno de sus miembros, enfermo por Covid-19, mediante el aislamiento.

El miedo al contagio, al contacto... Una puerta cerrada dentro de un hogar... Los abrazos, reales y soñados, se antojan más necesarios que nunca.

*Pero la puerta se abre un día; y sale el enfermo recuperado, el miedo... la nueva vida. ¿Cómo se asimila la experiencia?
¿Cómo se recuerda lo vivido?*